

Antonio Palacios y Ramilo nació el 8 de enero de 1876 en Porriño, pueblo de la provincia de Pontevedra. Era el menor de los siete hijos de Isidro Palacios García y Teruel, ayudante de Obras Públicas, llegado a Porriño con motivo de la construcción del ferrocarril, y afincado en la villa pontevedresa, y de Jesusa Ramilo de Nieves, de familia porriñesa.

Antonio Palacios era, por tanto, veinticuatro años más joven que Gaudí, el gran genio de la reciente arquitectura española, casi de una generación posterior. Sus rigurosos contemporáneos fueron los arquitectos que, en su mayoría, se empeñaron en la resurrección de los estilos nacionalistas. Leonardo Rucabado, Aníbal González, Manuel de Cárdenas, Manuel María Smith, fueron casi de su misma edad. Antonio Flórez, quien partiendo de una arquitectura nacionalista llegó a realizaciones afines a la arquitectura del movimiento mo-

derno, era un año más joven que Palacios. Teodoro de Anasagasti, su mayor rival en fama y prestigio, era cuatro años menor.

En relación a los arquitectos extranjeros se sitúa entre la generación de los precursores y la primera de los grandes maestros del movimiento moderno; unos diez años mayor que Gropius (nacido en 1883), Mies van der Rohe (1886) y Le Corbusier (1887), y siete años más joven que Wright.

Entre los no arquitectos, en España fue contemporáneo de los más jóvenes miembros de la generación del 98.

Porriño es una villa, en aquellos años, de unos 2.000 habitantes, cuya más significativa característica es la posesión de unas de las principales canteras graníticas de Galicia. La piedra de Porriño, en sus dos variedades, gris y rosada, suministra materia prima a una por-

ción de la tradicional obra de cantería gallega. Incluso hoy, los talleres Ramilo, en Vigo, de familia del propio Palacios, son uno de los principales talleres que se ocupan del trabajo de este material, profundamente enraizado en los hábitos constructivos gallegos y razón de muchos de los rasgos propios de su arquitectura.

Las canteras de Atios y Budiño, parroquias del municipio de Porriño, con sus grandes moles pétreas, constituyeron el argumento de las primeras imágenes que debieron grabarse en la vista del que luego había de ser el arquitecto Antonio Palacios. La piedra, en toda la potencia de su expresión natural, creó desde el primer momento un conjunto de sensaciones que siempre habían de encontrar salida en las obras del arquitecto porriñés.

En el mismo Budiño existe, por otra parte, un conjunto de mamotas y dólmenes prehistóricos, cuya directa

Las canteras de Atios, en Porriño.



simplicidad y potencia expresiva admiraba después frecuentemente Palacios en las visitas a su pueblo natal. La expresividad simple y primitiva de los restos prehistóricos constituye, pues, otro rasgo de vigor monumental que se une a las ciclópeas visiones que rodearan las primordiales sensaciones de Palacios.

Los primeros años de Palacios transcurrieron en Porriño y en Pontevedra, donde estudió el bachillerato, hasta su traslado a Madrid para los estudios de la carrera.

Sus condiciones para el dibujo y la pintura parece que influyeron en una primera decisión de Palacios de dedicarse a la pintura, como discípulo de Rosales—tras un primer intento de estudiar ingeniería—para, al fin, dedicarse a la arquitectura, en cuyo estudio pasó como un estudiante de fácil y despreocupada mano, cuya fecundidad y exuberancia salvó fácilmente unos estudios cuya dificultad, por aquellos años, estribaba casi exclusivamente en los problemas virtuosistas de un diseño ornamental regido por los cánones historicistas, con las pequeñas libertades otorgadas por un eclecticismo empeñado, más o menos declaradamente, en la busca de un estilo original.

Según los que le conocieron y trataron, Palacios fue un hombre extraordinariamente agradable y humano, modesto y sencillo—aunque su obra pudiera hacer pensar otra cosa—, retraído y desordenado, lo que se manifiesta en su modo de trabajo, totalmente individualista e improvisado, lo mismo que en la trayectoria de su obra.

Llevó siempre una vida bohemia y socialmente poco brillante, de amistad con pintores y literatos, especialmente con Eduardo Chicharro, Manuel Benedito, Sotomayor y Federico García Sanchiz.

Entregado totalmente a su obra, durante toda su vida convirtió todos sus actos y experiencias en estímulo para la invención de proyectos, urbanísticos o de edificios aislados, muchos de los cuales no llegó a realizar, a pesar del entusiasmo y apasionamiento con que defendió las posibilidades y conveniencias de llevar a la realidad sus imaginaciones. La entrega a sus obras le llevó al extremo de realizar desinteresadamente muchos de sus proyectos, sobre todo de la última época, acicateado por el entusiasmo de ver realizado lo que su imaginación plástica y literaria había gestado.

Su modo de trabajo y su estudio eran los correspondientes a una personalidad que trabajó siempre con la imaginación en punta, creando continuamente, desde la concepción, poéticamente desbordada casi siempre, de las funciones de sus obras, hasta el menor detalle constructivo o decorativo.

Los proyectos de Palacios, poco cuidados y detallados, casi siempre más croquis que verdaderos proyectos, eran continuamente modificados sobre la marcha y completados por infinidad de detalles creados en obra, en dibujos a tamaño natural, a carbón o tiza, aparentemente improvisados, lo que ha dado lugar a un verdadero mito de Palacios como dibujante virtuoso, improvisador genial y más un decorador exuberante e intuitivo que un arquitecto ordenado, consciente y racional; aunque haya algo de cierto en esto, sin embargo, el análisis de los resultados demuestra que todo ello obedecía a una visión interna potente y segura, y a un dominio de sus medios de expresión motivado por la posesión de una exuberante gramática formal, totalmente consciente y dominada.

En cada una de las obras de Palacios, multiformes y diversas, se aprecia la existencia de una idea, literaria generalmente, o programática, si se quiere, que da razón y coherencia a todo el edificio, y que va dando lugar a que todos los detalles se vayan condicionando y conformando, según son contruidos, para que la percepción del espectador englobe todos los múltiples pormenores del edificio en una cierta unidad.

La idea de una acumulación variada y abrumadora de detalles, que suele derivarse de la obra de Palacios, obedece más a la diversidad existente entre distintas obras que a la diversidad dentro de cada una de ellas. Puede decirse que cada edificio de Palacios es un tema imaginado, desarrollado en una prolijidad y fecundidad de detalles que no carecen en absoluto de cohesión entre ellos.

Su más asiduo colaborador, Pascual Bravo, describió vivamente la personalidad de Palacios en el trabajo: "Su labor en el estudio era la de una caldera en constante ebullición. Sus croquis, rápidos, certeros, ejecutados con seguridad de lápiz admirable y con una genial economía de líneas, son de una expresividad insuperable."

"No reparaba en el instrumento, ni el soporte. El primer lápiz, duro o blando, venido a mano; la pluma con la que acababa de firmar un certificado, un trozo cualquiera de cualquier papel, le servían para componer en breves instantes las más monumentales creaciones. Unos toques finales de un lápiz de color, tomado al azar, acentuaban los efectos y convertían el pequeño boceto en una obra de arte."

"No menos admirable era su actuación en la obra. Su gran instinto de constructor le hacía sufrir y disfrutar hasta lo infinito con los arduos problemas de la materialización de sus ideas. Su mayor gozo hubiera consistido en poder ejecutar él mismo todo cuanto concebía. Este impulso insatisfecho lo suplía con sus grandes dibujos a tamaño natural, ejecutados al carbón, casi siempre ante los mismos obreros que habían de labrar el sillar o modelar el capitel, sin la menor vacilación, con rapidez de magia y con una seguridad de trazo portentosa."

Fue Palacios un conocedor profundo de múltiples arquitecturas, frecuente viajero, preocupado por la experiencia directa de la arquitectura, aunque poco afecto





En la página anterior, Antonio Palacios (en pie) con Julián Otamendi. Sobre estas líneas, Palacios con Alfonso XIII en la inauguración del Hospital de Cuatro Caminos. Una foto de Palacios en los últimos años.

a la información gráfica y literaria. Congruentemente con su concepción de la arquitectura como un hecho perceptible sensorialmente, cuyos valores deben estar ligados a la visión inmediata del espectador y cuya conformación es fundamentalmente perspectiva, parece que no era aficionado a planos, revistas o libros de arquitectura, y sí a su conocimiento directo.

Conoció perfectamente casi toda la arquitectura europea occidental, especialmente los monumentos de Italia; visitó Grecia y Egipto, y su afición le llevó a estudiar detenidamente la arquitectura española, sobre todo la de su tierra. Enamorado de las variantes regionales del arte gallego, investigó y defendió la arquitectura poco conocida de su tierra, buscando continuamente edificios ignorados, y luchando por su conservación. En 1922 escribió un estudio sobre el monasterio de Osera.

Sus preferencias fueron las iglesias rurales de la Edad Media, siendo la obra de su última época un intento de asimilación y proyección de esta arquitectura profundamente ligada a las constantes del suelo y de la tradición. En sus visitas a Galicia visitaba indeciblemente las pequeñas iglesias de pueblos y barrios, impuras estilísticamente, pero a las que el material y una ruda artesanía confieren una potente y elemental expresividad.

La vida de Palacios transcurrió casi enteramente en Madrid, en la época de mayores encargos; la que va desde sus primeros triunfos hasta, aproximadamente, la terminación del Círculo de Bellas Artes, en 1926, coincidente con su recepción en la Academia de Bellas Artes. Después parece como si hubiese sufrido un desencanto por las grandes obras públicas y los triunfos; aunque hay que tener en cuenta que fue una de las figuras más atacadas y vituperadas de toda la arquitectura española reciente.

Los estudios y la explicación y defensa de su proyecto de reforma de Vigo le ligaron más a Galicia, para

donde realizó numerosas obras o proyectos a partir de esta época.

En estos años pasaba largas temporadas en Málaga, tierra de su mujer, en busca de descanso, aunque sus descansos siempre fueron ocasión para imaginar nuevos proyectos y dejar correr su inventiva, cada vez más literaria que puramente formal. Prueba de ello es el proyecto de reforma de la Alcazabilla de Málaga, surgido espontáneamente en una de sus estancias invernales allí.

En la última época el empeño en algunas obras de arquitectura religiosa se convierte en una exaltación casi mística por grandes proyectos religiosos, para los que concebía sus mismos programas y funciones, con una facundia inventiva y metafórica realmente asombrosa. Así surgió, por ejemplo, el complejo del Templo Votivo del Mar, como derivación de una pequeña parroquia, y la misma parroquia como consecuencia de la conservación de un arco visigótico descubierto.

Muchas obras de Palacios, siempre, pero sobre todo en la segunda parte de su carrera, van acompañadas de proyectos de ampliación, de concepción de nuevas funciones, de antecipos de posibilidades y de sugerencias de nuevos complejos de programas. La mayoría de sus proyectos sobrepasa y desborda los primitivos programas y van proponiendo nuevas concepciones de uso y de significado de las obras.

Los clientes de Palacios eran absorbidos y arrebatados por la fecundidad de sugerencias y de ideas con que rodeaba sus proyectos, y contagiados del entusiasmo que ponía en empujar y acometer las sugerencias.

Es significativo que los principales defensores y los mayores entusiastas de Palacios hayan sido sus clientes, nunca defraudados en la calidad de sus realizaciones, contagiados de la afición a las obras, sugestionados y, a veces, embarcados en descomunales empresas por la imaginación y arrebatado con que la mente de Palacios concebía nuevas empresas.

A lo largo de su vida obtuvo numerosos títulos, des-

empeñó cargos y recibió honores y homenajes; más en la primera parte de su carrera que en la última. Fue académico de la de Bellas Artes de San Fernando, en la que fue recibido el 27 de junio de 1926. Fue académico de la de Bellas Artes de Toledo. Fue nombrado canónigo honorario de la Catedral de Orense en 1928, como consecuencia de las reformas proyectadas para ella. Fue presidente de la Sociedad Central de Arquitectos en 1912, presidente de la sección de Arquitectura del Círculo de Bellas Artes, hijo predilecto de Málaga y de Vigo.

En la Escuela de Arquitectura de Madrid actuó como profesor interino de "Proyectos de Detalles" durante los cursos 1914-1915 y 1915-1916, presentándose en 1917 a unas discutidas oposiciones, frente a Teodoro de Anasagasti, que se declararon desiertas; después de lo cual parece que, desilusionado, no volvió a la Escuela.

La labor de su profesorado en la Escuela se recuerda como un enfervorizamiento absoluto hacia la rapidez y fecundidad de ideas y diseño, haciendo realizar un croquis diario a sus alumnos.

Los últimos años, Palacios, muy detractado y combatido, desplazado por las nuevas ideas que se iban infiltrando en España, las del "movimiento moderno" internacional, permaneció aislado y casi solitario, obsesionado por sus obras, cada vez más gigantescamente imaginadas.

Retirado en su pequeña casa de El Plantío, en un diminuto estudio de 1,80 X 2,40 metros, donde había inventado, según él, el "cuarto de no estar", con la vista muy disminuida, casi perdida, seguía entregado a dos de sus más monumentales concepciones: la iglesia de Carballino, para la que imaginaba ampliaciones y que no llegó a ver terminada, y el proyecto de Santuario de la Gran Promera, para Valladolid.

Allí murió el 27 de octubre de 1945. Está enterrado en la Sacramental de San Lorenzo, de Madrid.